

LA NATURALEZA DE LA MEMORIA

Annie Besant

Con artículo de H.P. Blavatsky

Capítulo 01

La Memoria

La memoria es una función de la mente, y la respuesta dada a la pregunta “¿Qué es la Memoria? Debe cambiarse en la respuesta dada a una pregunta más importante: ¿Qué es la Mente?”. ¿Es un Yo o un Ego, del que la Mente, como sabemos ahora, forma parte? ¿O es la mente tan sólo el resultado de la materia en movimiento, o sea que el Yo no tiene una existencia real? ¿Acaso es la mente algo más que una sucesión siempre cambiante de percepciones y cúmulos de percepciones, y éstas son el resultado de la actividad nerviosa que responde a los estímulos periféricos y centrales? ¿O es un modo definido de ser, con percepciones et hoc genus omne tan materiales como aquello en que se ocupa, con facultades que percibe, reproduce, recoge, concibe; pero no tanto como un todo que ha de identificarse con sus actividades funcionales como el cuerpo en su conjunto consiste en comer, respirar y digerir?

El famoso argumento de Hume, en las secciones quinta y sexta de su “Tratado de la Naturaleza Humana”, parte IV, será familiar al estudiante, pero aquí deseo recordar los resultados de su introspección:

“Por mi parte, cuando penetro más íntimamente en lo que llamo yo mismo, siempre tropiezo con una u otra percepción particular, de calor o frío, de luz o sombra, de dolor o placer. Jamás puedo captarme YO MISMO, en ningún momento sin una percepción. Cuando, por algún tiempo, pierdo mis percepciones, como en un sueño profundo, me siento insensible de MÍ MISMO, y puedo creer que realmente he dejado de existir. Y si mis percepciones las perdiese por la muerte, y no pudiera ya pensar ni sentir, ni ver, ni vivir, ni odiar, tras la disolución de mi cuerpo, estaría completamente aniquilado, pues no concibo qué sería necesario para convertirme en una perfecta no entidad. Si alguien, después de una reflexión elevada y carente de prejuicios, piensa tener una noción distinta de sí mismo, debo confesar que no podré razonar con él. Lo único que puedo concederle es que puede tener razón, lo mismo que yo, y que somos esencialmente diferentes en este particular. El puede quizá percibir algo sencillo y continuado a lo que llama sí mismo, aunque estoy seguro de que en mí no existe tal principio. Pero, dejando de lado a algunos metafísicos de este estilo, me aventuro a afirmar acerca del resto de la Humanidad, que solamente se trata de un puñado o una colección de percepciones diferentes, que triunfan entre sí con inconcebible rapidez, y se hallan en perpetuo flujo y movimiento.”.

En consecuencia, Hume niega la existencia del Yo y explica que la sensación de la identidad personal se deriva de las relaciones entre los objetos percibidos.

¿Es la mente una colección de Percepciones?

Pero al leer toda la argumentación resulta imposible permanecer inconsciente a la naturaleza auto contradictoria de las expresiones usadas. “Cuando penetro ... siempre tropiezo con una u otra Percepción”. ¿Qué es el Yo que tropieza con una percepción y puede observarla y reconocerla? ¿Es en sí mismo una Percepción? Y si es así ¿de qué? ¿Puede una percepción de un “conjunto” percibir otras percepciones del mismo conjunto y separándose de sus iguales escrutar el resto y reconocerlas como un conjunto? Este argumento implica que algo observa las percepciones y que asigna a cada una su nombre y lugar adecuados. A pesar de sí mismo, Hume no puede escapar del conocimiento de que él no es sus percepciones, y este resultado universal de la introspección, el conocimiento del Yo, se traiciona a sí mismo por la argumentación que apuntaba a su aniquilación. La mente no puede identificarse con sus órganos, así como el cerebro no puede identificarse con el cuerpo del que forma parte. Depende de ellos para su vida y su funcionamiento, pero NO ES ELLOS.

Consideremos una percepción ordinaria, como la de una silla. ¿Puede esta percepción conocer otra, o ser algo más que la percepción de una silla? Si la mente fuese sólo una colección de percepciones ¿de qué naturaleza es la percepción que puede reconocer al resto, que puede separarse y estar por encima del resto, que puede decir: “tú eres una percepción del frío, tú la del calor, tú la del dolor, tú la del placer”? Esta percepción de las percepciones no es muy distinta del Yo que se ha negado. Es el preceptor, no una percepción.

Dejemos que cada cual experimente en sí mismo; dejemos que se encierre a solas, libre de toda interrupción desde fuera; dejemos que paciente y firmemente investigue sus procesos mentales; descubrirá que los contenidos cambiantes de sus conocimientos no son “él”, que él es distinto de las sensaciones, de las percepciones, de los conceptos que pasan ante él, que éstos son suyos, no él, y que puede ahuyentarlos, que puede vaciar su mente de todo salvo de la conciencia de Sí, que puede, según palabras de Patanjali, convertirse en un “espectador sin espectáculo”. Puede argüirse que la introspección a menudo da resultados falaces, y que la observación de sí es la más difícil de todas las tareas. Concedido. O sea que nuestros sentidos pueden hacernos equivocar, pero son la única guía que tenemos en el mundo objetivo, el mundo que poseemos. Nuestro reconocimiento de su falta de fiabilidad no nos lleva a rechazarlos, pero sí nos obliga a comprobar su relación con la mejor de nuestras capacidades, y a compartirlos con el sentido común de nuestra raza. Y así, con el resultado de nuestros sentidos internos, los comprobamos, comparamos sus relaciones con los de los otros, y nos aventuramos a decir que el sentido común (uso la palabra en el significado filosófico, el *sensus communis*) de la humanidad relaciona la existencia del Yo, el permanente Ego en medio de todo el flujo de percepciones y conceptos, y que su existencia es tan cierta como cualquier existencia que nos rodea en el mundo objetivo.

Recordar y olvidar

Pero juzgaremos erróneamente al Yo si sólo tenemos en cuenta los procesos mentales de cada día y limitamos su extensión a la medida del conocimiento normal estando despiertos. No conozco ningún estudio que pueda arrojar más luz sobre nuestro verdadero Yo que el estudio de la Memoria, ya que sus fenómenos nos demuestran que la Conciencia es mucho más amplia que el conocimiento del momento, como la energía, en el mundo físico, es algo más que las fuerza que actúan en un instante dado del tiempo. Se emplea a mundo la analogía de la luz que elimina los lugares oscuros, y así puede servirnos aquí, los físicos definen a la energía como “cinética” y “potencial”, la activa y la latente.

Así el Conocimiento puede ser activo o latente, y en la división este último es, para cada individuo, el mayor de los dos. “Olvidamos”, así se dice, más que “recordamos”; pero lo “olvidado” no se ha marchado realmente de nuestra conciencia, aunque esté en estado latente, así como la fuerza está ausente del alud que se halla a punto de caer por la ladera de una Montaña. Lo olvidado puede pasar a la Conciencia Activa, y puede revivir como el alud puede liberarse y gastar su energía acumulada, destruyendo los hogares del valle. Ninguna fuerza puede aniquilarse en el plano físico, y ninguna experiencia destruirse en el plano mental. Lo que la conciencia normal de vigilia retiene depende de la Atención, que es el nombre de una fase de la Voluntad. Lo que se recuerda mejor es lo que nos sorprende más vividamente, por ejemplo, lo que ha frenado y fijado nuestra Atención, o lo que se ha repetido tan a menudo que nuestra atención ha estado dirigida frecuentemente hacia ello; en todo caso la voluntad reside e la raíz de la retención. Todo lo que penetra en nuestra conciencia deja su huella; la mente queda modificada, como dijo Patanjali. Siendo esto así la huella debería ser recuperable, y por esto debemos desafiar a los fenómenos de la memoria.

Observemos, en principio, que la memoria tiene dos principales divisiones: reproducción y recuerdo. La reproducción puede tener lugar sin el recuerdo y entonces no produce ningún reconocimiento. La memoria reproduce la imagen de una percepción pasada; ésta aparecerá a la conciencia como nueva, a menos que el recuerdo acompañe a la reproducción y ejemplos de esto se hallan registrados como es debido.

“Maury refiere que en cierta ocasión escribió un artículo sobre la política económica para un periódico, pero las páginas se traspapelaron y, por tanto no las envió. Ya había olvidado todo lo que había escrito, cuando le pidieron que enviara el artículo prometido. Al rehace el artículo, creyó haber encontrado un nuevo punto de vista para el tema, pero cuando, unos meses más tarde, halló las páginas perdidas, descubrió que no solamente no había nada nuevo en su segundo ensayo, sino que había repetidos sus primeras ideas casi exactamente con las mismas palabras.” (1)

Du Prel cita a Leibnitz por un caso semejante: “Creo que los sueños a menudo nacen de antiguos pensamientos. Cuando Giulio Scaliger celebró en verso a los hombres más famosos de Verona, se le apareció en un sueño uno al que dio el nombre de Brugnolus, bávaro de nacimiento, que se había establecido en Verona, quejándose de haber sido olvidado. Giulio Scaliger no recordaba tal nombre, pero después de dicho sueño compuso una elegía en su honor.

Más tarde, su hijo, Giuseppe Scaliger, de viaje por Italia, se enteró que en tiempos pasados habían vivido en Verona un célebre gramático o crítico de ese nombre, quien había contribuido a la restauración de la enseñanza en Italia” (2). La explicación sugerida por Leibnitz es que Scaliger había oído citar a Brugnolus, pero lo había olvidado; en el sueño hubo la reproducción del nombre sin ir acompañada del recuerdo, por lo que el nombre y el

personaje le parecieran nuevos a Scaliger, de manera que no reconoció la imagen onírica presentada. Es imposible decir cuántos de nuestros sueños pueden ser de este carácter, y cuán a menudo la ausencia de reconocimiento puede otorgarles la apariencia de una revelación. Nos hallamos a veces en un lugar que hemos soñado y reconocemos como reales los paisajes vistos en sueños. Buscamos a veces en vano algún recuerdo en nuestra conciencia, y al final llegamos a la conclusión de que el sueño describió, de forma misteriosa, un paisaje desconocido para nosotros, mientras que es mucho más probable que la memoria haya reproducido en nuestra conciencia dormida las imágenes de percepciones largo tiempo olvidadas, y al fallar el recuerdo, pasen por la mente como nuevas. Flashbacks ante la muerte.

Volvamos a la afirmación de “todo lo que penetra en nuestra conciencia deja su huella”. En la sección “Memoria del moribundo” de este libro, se dan algunos casos de la notable reproducción, al final de la existencia, de sucesos y ambientes de la niñez, y casi todo el mundo debe de haber sido testigo de casos de personas ancianas que recuerdan con extremada viveza los sucesos triviales de su juventud. El doctor Winslow **(3)** hace hincapié en algunos casos en los que, “en una vida muy avanzada, la facultad de la memoria ofrece un grado de elasticidad extraordinario y un sorprendente vigor... Una buena ilustración de estas palabras se dio en la vida de Niehuhs, el célebre viajero danés. Ya viejo, ciego y tan enfermo que solamente podían llevarlo de la cama a un sillón, solía describir a sus amigos los paisajes vistos en su más temprana edad con maravilloso minuciosidad y vivacidad. Cuando sus oyentes se admiraban de tan asombrosa memoria, él explicaba que estando en cama se borraban todos los objetos visibles, y continuamente flotaban antes los ojos de su mente, los cuadros de todo cuanto había visto en Oriente por lo que no era ninguna maravilla que pudiera hablar de ellos como si los hubiera visto el día anterior. Con gran viveza, el intenso cielo de Asia, con su brillante y parpadeante cortejo de estrellas, que tan a menudo contemplara por las noches o la soberbia bóveda azul del cielo diurno, quedaban reflejados durante las horas de quietud y oscuridad de su alma más interna”.

Pero más notable como prueba de que lo que ha surgido de la conciencia ordinaria no se destruye, son los numerosos casos registrados, que describen las extrañas resurrecciones de la Memoria, justo cuando la conciencia se torna latente, lo cual es uno de los fenómenos más notables de los ahogados. Elijo el siguiente caso relatado por Du Prel **(4)**: “Al aproximarse la muerte, asimismo, se ha observado con frecuencia una gran exaltación de la Memoria. Fechner **(5)** narra el caso de una dama que cayó al agua y estuvo a punto de ahogarse. Desde el momento en que cesaron todos los movimientos corporales hasta que la sacaron del agua unos dos minutos después, según su propio relato, volvió a vivir todo su pasado, a su imaginación se presentaron hasta los más insignificantes detalles de su vida. Otro caso de la misma acción mental en que los sucesos de muchos años se presentaron conjuntamente lo describió el almirante Beaufot, según su propia experiencia. Había caído al agua y perdido la conciencia (normal). EN esta condición “surgió pensamiento tras pensamiento, con una rapidez de sucesión que no solamente es indescriptible, sino probablemente inconcebible para todo el que no se ha hallado en una situación semejante”. Al principio, se presentaron a su mente las consecuencias inmediatas de su muerte para su familia; y sus miradas volvieron luego al pasado; repitió su último crucero, otro anterior en el que había naufragado, y sus días escolares, sus progresos estudiantiles, y el tiempo perdido con sus juegos y aventuras infantiles. “Así, viajando hacia atrás, cada incidente de mi vida pasada apareció ante mí deslizándose en mis recuerdos en sucesión retrógrada, no, sin embargo, simplemente delineados, como aquí se ha establecido, sino en un cuadro completo con cada minuto y aspecto colateral; en resumen, todo el período de mi existencia parecía estar situado ante mí en una especie de vista panorámica, y cada acto del mismo parecía ir acompañado de un conocimiento del bien y el mal, o de un reflejo de sus causas o sus consecuencias. Además, muchos sucesos triviales, desde largo tiempo olvidados, se apretujaban en mi imaginación, con el carácter de una reciente familiaridad.” **(6)**. En este caso, también, sólo habían transcurrido dos minutos hasta que sacaron a Beaufort del agua”. La cercanía de la muerte, como la extrema vejez, a veces hacen revivir en la memoria las impresiones de la niñez, con el olvido de las costumbres más recientes. El doctor Winslow cita al doctor Rush, el cual recordaba una afirmación del reverendo doctor Muhlenberg, de Lancaster, EE.UU., quien “aludiendo a los emigrantes alemanes sobre los cuales ejercía sus cuidados pastorales, observó: “Por lo general, la gente reza brevemente, antes de morir, en su lengua natal. Este es un hecho que he hallado en innumerables casos entre mis feligreses alemanes, aunque apenas se les oía hablar en su lengua natal durante su vida y gozando de buena salud”.

Memoria estimulada por la enfermedad.

Los ataques pasajeros de una enfermedad alterarán los contenidos de la memoria de un modo altamente notable, de forma que la vista casi parece obligada a haber que la conciencia retenga todas las impresiones, pero como en el umbral de la conciencia todo está latente y cambia, arriba y abajo, deja que se aparezcan algunas imágenes en la conciencia activa y otras en la latente. Los tres casos siguientes proceden de la obra del doctor Winslow **(7)**. “El doctor Hutchinson refiere el caso de un médico que en su temprana edad renunció a los principios y dogmas del catolicismo. Durante un ataque de delirio que precedió a su muerte, rezó tan sólo según los dogmas de la Iglesia de Roma, mientras todos los recuerdos de las fórmulas preescritas por la religión Protestante quedaban borrados y olvidados de su mente por la infección cerebral. Un caballero fue arrojado de su caballo mientras cazaba. Fue trasladado desde el campo a un pabellón cercano en estado de inconsciencia, y más tarde fue llevado a su residencia. Durante toda una semana se consideró su vida en peligro inminente. Cuando se recuperó lo bastante como para poder hablar, empezó a hacerlo en alemán, idioma adquirido en su niñez, pero que llevaba más de veinticuatro años sin hablar... Un caballero sufrió un grave ataque por enfermedad. Una vez recuperado, descubrió que había perdido el recuerdo de las más recientes circunstancias, pero conservaba lúcidamente el recuerdo de los sucesos ocurridos en su niñez, de hecho, impresiones olvidadas desde largo tiempo atrás, y entonces revividas. A medida que este paciente fue recuperando la salud, observó una singular alteración en el carácter de su memoria. Volvió a recordar ideas recientes pero había olvidado todos los hechos de su pasado.”

Otra clase de pruebas de la permanencia de las impresiones en la conciencia puede extraerse de los casos registrados sobre la exaltación de la memoria, que frecuentemente acompaña a las enfermedades y condiciones anormales del sistema nervioso. Du Prel recogió gran número de casos, de los que extraigo el siguiente **(8)**:

“Coleridge menciona a una sirvienta, la cual, en su delirio febril, recitó largos párrafos en hebreo, que ella no entendía, ni pudo repetir una vez curada, pero que antiguamente, sirviendo a un sacerdote, le había oído rezar en voz alta. Incluso recitó pasajes de obras teológicas, en latín y en griego, que sólo entendía a medias, cuando el cura, como era su costumbre, leía en voz alta sus autores favoritos, al ir y al volver de la Iglesia... **(9)** Un aldeano de Rostock, en estado febril, recitó de pronto en griego las palabras con las que empieza el Evangelio según San Juan, que casualmente había oído sesenta años atrás; y Benecke menciona a una campesina que, en medio de su fiebre, pronunció palabras en sirio, caldeo y hebreo, que de niña había escuchado casualmente en casa de un catedrático... **(10)**. Una persona demente, curada por el doctor Willis, afirmaba que en sus ataques su memoria alcanzaba una fuerza extraordinaria, por lo que recordaba largos pasajes de autores latinos **(11)** ... Una niña de siete años, empleada como vaquera **(12)** ocupaba una habitación separada solamente por un tabique delgado de la perteneciente a un violinista, que a menudo se entregaba a su pasión favorita en medio de la noche. Unos meses más tarde, la niña fue trasladada a otra habitación, que ya había ocupado dos años antes, y a partir de entonces, con bastante frecuencia durante la noche se oían desde su cuarto unas notas iguales a las del violín, pero ahora producidas por la niña estando dormida. A veces, el llamémosle concierto, duraba varias horas, con ciertas interrupciones, tras las cuales la melodía continuaba allí donde se había interrumpido. Con intervalos irregulares, esto duró otros dos años. Después, la niña empezó a reproducir las notas de un piano que tocaban los habitantes de la casa, y más adelante empezó a hablar, con notable agudeza, sobre política y religión, incluso en forma sarcástica; también conjugaba verbos latinos o hablaba como un tutor a su pupilo. EN todos estos casos, la ignorante niña sólo reproducía lo que habían dicho los miembros de la familia o algunos de sus visitantes.”

He citado este último caso a fin de llamar la atención acerca del significativo hecho de que el sueño puede provocar el cambio de umbral, así como una enfermedad o la locura.

El doctor Winslow cita algunos casos de memoria extraordinaria, caracterizando una incipiente enfermedad cerebral, y también registra muchos casos curiosos de “doble conciencia”, en que el paciente prácticamente lleva una doble vida, recordando en cada caso solamente los incidentes ocurridos en ella **(13)**. De nuevo nos hallamos, al parecer, enfrentados con el umbral cambiante como única hipótesis sostenible.

Las personas hipnotizadas suelen mostrar una extremada exaltación de la memoria, repitiendo largos pasajes que únicamente han leído una vez, y recordando con exactitud sucesos pasados hace largo tiempo, por lo general triviales, describiendo con minuciosidad acontecimientos insignificantes de numerosos días sucesivos. Muchos casos de esta clase se citan en Animal Magnetism, de Binet y Feré, y en Études sur la grande Hystérie, del doctor Richer.

Con este breve repaso al campo de la memoria de nuestras mentes, debemos buscar alguna hipótesis que resuma los hechos y que, comprobada por experimentos recientes, explique otros fenómenos de la Memoria. Dejo fuera de este contexto la hipótesis de Hume y considero las teorías materialistas y teosóficas de la memoria, para responder a la pregunta de si la memoria es una función de la materia en movimiento o una facultad del Yo funcionando a través de la materia, pero no resultante de la misma.

Teoría materialista de la memoria

Según esta teoría, la memoria, como las demás funciones mentales, es el resultado de las vibraciones de las células nerviosas del cerebro, o neuronas, y puede expresarse en términos de materia y movimiento. Cuando un estímulo del mundo objetivo produce una vibración en un órgano sensorial, esta vibración se propaga como una onda de célula a célula de la cadena nerviosa hasta que llega al centro apropiado del cerebro. De aquí deriva la percepción, el resultado de la actividad mental. Esta acción nerviosa, una vez establecida, tiende a repetirse más fácilmente a cada estímulo similar, siguiendo esta energía nerviosa el sendero de menor resistencia, y cada aparición de la vibración similar facilita aún más las repeticiones. Una vez establecida esta vibración, puede reproducirse en ausencia del estímulo externo, y tenemos la idea en vez de la sensación – percepción. Siempre que las células nerviosas vibran como vibraron ante el primer estímulo, las ideas se repiten, y esta repetición se denomina Memoria. Ahora bien, cuando se establece por primera vez la vibración, lo hace en su mayor intensidad, y se arguye que esa intensidad vibratoria disminuye hasta ser insuficiente para afectar a la conciencia. James Ward escribió **(14)**:

“¿Qué sabemos hoy día de esta imagen central de los intervalos cuando no se presenta conscientemente? Manifiestamente, nuestro conocimiento en este caso sólo puede inferirse, a lo sumo. Pero hay dos hechos, cuya importancia Herbart fue el primero en ver, de los que podemos aprender algo. Me refiero a lo que él llama el alza y la baja de las presentaciones. Como todas las presentaciones gozan de algo más que de una intensidad ilimitada, se elevan gradualmente a un máximo y gradualmente así mismo declinan; y cuando han caído por debajo del umbral de la conciencia, los procesos parecen continuar, pues cuanto más largo sea el tiempo transcurrido antes de su “resurrección”, más débiles aparecerán al revivir, y se elevarán con más lentitud. La desaparición es más rápida al principio, siéndolo o menos cuando disminuye la intensidad de la presentación. Resulta excesivo afirmar que esto ocurre con exactitud matemática, aunque Herbart sí lo afirmó. Sin embargo, sí se puede sugerir que la noción de que un objeto, aunque no sea lo bastante grande como para llamar la atención, continúa siendo presentado, aunque cada vez con menos intensidad, hasta que al final tal intensidad declina a un nivel justo por encima de cero.”

En lenguaje materialista, esto significa que los elementos nerviosos vibran al principio con fuerza y siguen vibrando cada vez con menos vigor, hasta que la vibración es insuficiente para afectar a la conciencia y la imagen se hunde por debajo del umbral. Las vibraciones continúan, siempre en disminución, pero no cesan; en caso de cesar, la imagen se pierde sin poder revivir; si continúan, aunque sea débilmente, pueden ser reforzadas y alcanzar una vez más una intensidad que las eleve por encima del umbral de la conciencia. Tal refuerzo se debe a la asociación. Como dijo Sully con gran claridad **(15)**:

“A fin de entender con mayor precisión lo que significa la Ley de Asociación Contigua, podemos dejar que A y B representen dos impresiones (percepciones) que ocurran juntas, y a y b sean dos representaciones que respondan a aquéllas. Luego, la Ley afirma que cuando A (o a) se repita tenderá a excitar o elevar a b; y de manera similar, que la repetición de B (o b), tenderá a excitar a ... La explicación fisiológica de esta asociación parecer ser el hecho de que dos estructuras nerviosas que hayan actuado repetidamente juntas adquieren una disposición a actuar combinadamente de la misma forma. Este hecho lo explica la hipótesis de que tal acción conjunta de dos centros nerviosos tiende a fijar la línea de la excitación nerviosa o la descarga nerviosa cuando un centro es nuevamente estimulado en la dirección del otro. Dicho de otro modo: se forman senderos de conexión entre las dos regiones. Pero cabe dudar si los fisiólogos pueden dar una explicación satisfactoria sobre las concomitancias nerviosas del proceso asociativo.”

El aspecto fisiológico

Lewes define la memoria en el aspecto fisiológico como “una tendencia organizada a reaccionar sobre unas líneas previamente recorridas” (16) y Herbert Spencer relaciona cada clase de sensación con su propio grupo de células (vesículas) del cerebro. Así dice:

“Si la asociación de cada sensación con su clase general responde a la localización de la correspondiente acción nerviosa dentro de la gran masa nerviosa en que todas las sensaciones de esa clase tienen lugar, si la asociación de estas sensaciones con sus subclases responde a la localización de la acción nerviosa dentro de esa parte de esta gran masa nerviosa en que las sensaciones de esta subclase tienen lugar, y así sucesivamente hasta el final con los grupos de sensaciones más pequeñas y las agrupaciones menores de nervio – vesículas, entonces, ¿a qué responde la asociación de cada sensación con predecesoras de clase idéntica? Responde a la re – excitación de la vesícula o vesículas particulares que, antes excitadas, ceden a la sensación semejante antes de ser experimentada; habiéndose establecido con el estímulo apropiado en ciertas vesículas los cambios moleculares que sufren al ser perturbadas, de esto se deriva una sensación de la misma cualidad con sensaciones previamente obtenidas cuando tales estímulos dieron lugar a tales cambios en dichas vesículas. Y la asociación de sensaciones con precedentes sensaciones similares corresponde a la re – excitación física de las mismas estructuras.” (17)

De este modo debemos considerar a la memoria como el resultado de la re – excitación de las vesículas del cerebro. Esta teoría es clara y bastante definida, ¿verdad?

La primera dificultad que se deriva de la misma el limitado espacio disponible para contener estas vesículas, y la consiguiente limitación de su número. Ciertamente es que sus posibles combinaciones pueden prácticamente elevar al infinito su número, pero esto no nos ayuda en absoluto, ya que están vibrando continuamente, aunque sea débilmente, mientras una idea sea capaz de revivir, y una vesícula que vibre simultáneamente en millares de combinaciones se hallaría en una condición molecular pésima. Porque todas estas combinaciones han de existir simultáneamente, y cada una debe mantener sus vibraciones interrelacionadas incesantemente. Pero, ¿es esto posible? Es verdad que desde las cuerdas vibrantes de un piano pueden obtenerse miríadas de combinaciones de notas, pero no es posible conseguir que todas esas combinaciones suenen desde las cuerdas al mismo tiempo, unas altas, otras bajas, unas forzadas, otras más disminuidas. Manteniendo abajo el pedal pueden lograrse algunas combinaciones al unísono por un tiempo muy breve, mientras se producen nuevas vibraciones, pero ¿cuál es el efecto?: una borrosa confusión de sonidos, que causan un desacorde intolerable. Si hemos de explicar la memoria mediante las leyes de la materia en movimiento, debemos aceptar las consecuencias deducibles de dichas leyes, y tales consecuencias son inconsistentes con los hechos de la memoria tal como los conocemos. Todo intento de representar claramente en la conciencia las concomitancias físicas de la memoria como únicamente el resultado de los elementos nerviosos al vibrar, demostrará al estudiante la imposibilidad de la hipótesis. El cerebro es un mecanismo suficientemente maravilloso en su condición de órgano mental, pero como creador de la mente es inconcebible.

Du Prel (18) nos ayuda a comprender las dificultades que rodean a las hipótesis materialistas. Según estas hipótesis, la “Memoria” dependería de las huellas cerebrales materiales, dejadas detrás por las impresiones; por la actuación de la memoria estas huellas se renuevan constantemente, como si fueran de nuevo cinceladas, y así despiertan sendas ya recorridas (las “líneas de menor resistencia” de Herbert Spencer), “en las que el carruaje de la memoria es conducido con especial facilidad”. Y añade:

“Las deducciones desde este punto de vista ya fueron manifestadas por los materialistas del siglo pasado. Hook y otros reconocieron que, puesto que bastaba un tercio de segundo para la producción de una impresión, un hombre, en cien años, debería tener en su cerebro 9.467.180.000 huellas o copias de impresiones, o, reducidas en un tercio por el período de sueño, 3.155.760.000; así, en cincuenta años, 1.577.880.000; más todavía, concediendo al cerebro un peso de cuatro libras, y restando una libra por la sangre y las venas, y otra por el tegumento externo, un solo grano de sustancia cerebral debe contener 205.542 huellas...”

Además, nuestra vida intelectual no consiste de meras impresiones, que sólo forman el material de nuestro juicio. Estos átomos cerebrales no

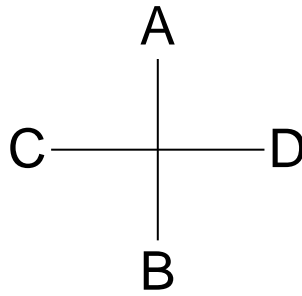
ayudan al juicio, pese a sus propiedades mágicas, por lo que hemos de suponer que cuando formamos una frase o sentencia, las impresiones se combinan, como las letras en una caja de imprenta, pero esos átomos, no obstante, son al mismo tiempo caja y cajista.”

Hay otro resultado que podría deducirse acerca de la memoria, si ésta fuese solamente el resultado de células vibratorias, y voy a permitirme citar de mi ensayo sobre el hipnotismo: “La memoria es la facultad que recibe las impresiones de nuestras experiencias y las conserva; muchas de esas impresiones se desvanecen, y decimos que las hemos olvidado. Pero está claro que pueden resucitar. Por tanto, no están destruidas, sino que son tan débiles que ese hundimiento bajo el umbral de la conciencia, y ya no forman parte de su contenido normal. Si el pensamiento es una “forma de movimiento”, hay que considerar de igual manera a la memoria; pero no es posible concebir que cada impresión de nuestra vida pasada, registrada en la conciencia, todavía vibre en el mismo grupo de células, aunque lo haga tan débilmente que no pueda superar dicho umbral. Porque esas mismas células son continuamente agrupadas para producir nuevas vibraciones, y todas juntas no pueden coexistir, siendo las más débiles capaces de recibir nuevos impulsos que puedan intensificar de tal modo su movimiento que logren volver de nuevo a la conciencia. Pero si esas vibraciones = memoria, si solamente tenemos materia en movimiento, conocemos lo bastante bien las leyes de la dinámica para afirmar que si un cuerpo empieza a vibrar, y actúan sobre él nuevas fuerzas y se establecen nuevas vibraciones en el mismo, no habrá en dicho cuerpo la coexistencia de cada serie separada de vibraciones exitosamente impresas en él, sino que vibrará de manera distinta en cada serie separada y compuesta por todas. Por consiguiente, la memoria como forma de movimiento, no nos dará el recuerdo del pasado, sino que nos ofrecerá una nueva historia, resultado de todas estas vibraciones pasadas, y de esta manera serán eternamente cambiantes como nuevas impresiones, provocando nuevas vibraciones y modificando así el resultado del conjunto.” Si el lector recuerda los fenómenos de la memoria dados en la primera parte de este ensayo, si observa que los mismos parecen implicar que no olvidamos nada, es decir, que persiste cada vibración causada durante la vida, y si, recordando esto, intentamos una vez más representar claramente en la conciencia la condición cerebral que requiere esta teoría, ¿será excesivo afirmar que se verá obligado a admitir que aquello es inconcebible?.

No debemos olvidar que existe una especie de carrera – memoria, inmersa en nuestro organismo físico, que todavía complican más la labor realizada por nuestras sobre cargadas vesículas. Esta memoria inconsciente del cuerpo, derivada de la herencia física, no puede dejar de ser tenida en cuenta cuando nos ocupamos de las vibraciones celulares.

La teoría teosófica de la memoria.

Aquí debo ponerme en guardia. En realidad, no puedo hablar de la teoría teosófica, puesto que no la he hallado en ninguna obra que haya leído. Solamente puedo sugerir una teoría que a mí me parece, en mi calidad de experta en teosofía, deducible de la constitución del Hombre establecida en los tratados teosóficos. Hay que aprender a distinguir entre la verdadera individualidad, el Ego, y la personalidad temporal que la viste. El Ego es el agente consciente, pensante. Del Ego forma parte la mente, una de cuyas funciones es la memoria. Todo suceso pasa a la conciencia del Ego y allí queda almacenado; de este modo, el pasado siempre está presente, puesto que todo está presente en la conciencia **(19)**. Pero la forma en que puede el Ego imprimir su conocimiento al cerebro del organismo físico con el que está conectado, y así hacer que dicho conocimiento entre la conciencia de la persona implicada, debe, según la naturaleza del caso, depender de la condición del organismo en ese momento, y de las leyes dentro de las cuales funciona. Lo que llamamos el umbral de la conciencia divide lo que se “recuerda” de lo que se olvida. Todo lo que queda más arriba de ese umbral está dentro de la conciencia personal, mientras que cuanto se halla por debajo del mismo umbral está fuera de ella. Pero este umbral pertenece a la conciencia personal, y – éste es el punto significativo – varía con las condiciones materiales del momento. Es móvil, no fijo, y los contenidos de la conciencia varían con el movimiento del umbral. Así:



Digamos que A B representa la conciencia del Ego, y que C D es el umbral de la conciencia de la persona; por encima de C D la persona será consciente, y su contenido se imprimirá en el cerebro material, que por debajo de C D será inconsciente. Pero si C D se mueve hacia arriba y hacia abajo, los contenidos de su conciencia variarán con ese movimiento, y la persona recordará u olvidará según que la idea esté encima o debajo de esa línea divisoria. (20)

Conciencia despierta y conciencia dormida.

La condición del organismo varía constantemente, pero hay dos estados de conciencia que tienen todo el mundo y son claramente distinguibles: la conciencia despierta y la conciencia dormida. Los contenidos de ellas difieren de manera muy notable, funcionando bajo condiciones harto distintas. La conciencia despierta funciona bajo condiciones de tiempo y de espacio: la conciencia dormida está libre de ellos, pudiendo vivir años en un solo segundo, y pudiendo aniquilar al espacio con sus movimientos. En el sueño, el sitio del soñador depende de su pensamiento, pues se halla donde él piensa. No sólo eso, sino que la conciencia dormida a menudo retiene sucesos borrados de la memoria despierta. El lector puede volver a las páginas iniciales para observar los curiosos fenómenos de la reproducción sin recuerdo en el estado de sueño. ¿Acaso es una teoría imposible que cuando los sentidos están cerrados al mundo objetivo, cuando las funciones corporales han alcanzado su actividad más baja, el Ego pueda impresionar a ese organismo negativo con su propio contenido más de lo que puede impresionarlo en un estado más vigoroso? ¿No es como si lo que está debajo del umbral de la conciencia despierta se convierte en lo que está encima de la conciencia dormida, como si la doble vida de vigilia y de sueño fuese la actividad de un Ego que funciona bajo unas condiciones físicas en contraste?

De ser así, nos vemos obligados a establecer el concepto de una dualidad en el mismo centro del Ser; cada Hombre no es uno, sino dos, en los recovecos más internos de la conciencia. Por otro lado, la teoría que defiende deja solitaria a la individualidad, variando en su manifestaciones de acuerdo con las condiciones físicas por las que funciona; y todos los raros casos de doble conciencia, que tan perplejos tienen a fisiólogos y psicólogos, junto con los fenómenos del sonambulismo, el mesmerismo (21), el hipnotismo y condiciones similares, se alinean como perteneciendo respectivamente a uno de los dos estados de conciencia, el dormido y el despierto, funcionando el Ego igualmente en ambos, pero condicionado, por turnos, por cada uno.

“El sueño ordinario – como dice Du Prel – es una condición intermedia entre la vigilia y el sonambulismo, siendo éste solamente su exaltación”. En este contexto, hay que fijarse en estos factores: si dormimos ligeramente y soñamos, recordamos nuestros sueños; si dormimos más profundamente, a veces recordamos el sueño más vívidamente al despertar, pero al cabo de una o dos horas lo hemos olvidado por completo y no podemos revivirlo en la memoria por más que lo intentemos; en un sueño profundo soñamos, como se ha descubierto observando a una persona dormida como un leño, pero ninguna huella queda en la memoria ya despierta. En el sonambulismo, que está muy próximo al sueño profundo, no persiste ninguna memoria, por regla general, en el estado de vigilia. Una persona sonámbula lleva una doble vida: durmiendo, recuerda sus experiencias del sueño, y a veces las de la vigilia; despierta, solamente recuerda su vida de vigilia. Ocasionalmente, aunque muy raras veces, el puente dorado de la memoria cruza el golfo existente entre la conciencia despierta y la sonámbula, con los sueños interponiéndose a veces como un lazo entre ambas. Hay que recordar que un sonámbulo. Abandonado a sí mismo, pasará al sueño ordinario antes de despertar, y cuando esto sucede, el sueño puede permanecer en la memoria del sonámbulo en el estado de vigilia.

La conciencia trascendental.

Du Prel explica con claridad la existencia de lo que llama “Conciencia trascendental”, que tiene mucho en común, aunque no sea idéntico, con el Ego teosófico: “No puede haber ninguna teoría perfecta del recuerdo sin la correspondiente teoría del olvido. Los fenómenos de la conciencia alternativa lo demuestra claramente. Solamente cuando sabemos en qué se convierte una impresión olvidada, podemos responder a la cuestión pro la que vuelve a la memoria. Bien, ¿cuál es el proceso del olvido? Es una desaparición del sentido normal de la conciencia. No puede haber destrucción de la impresión, o su reproducción sería imposible. Excluyendo la teoría cerebro – huella, debe de haber un órgano físico que conserve la facultad de reproducir, aunque la impresión, como producto de su anterior actividad, sea destruida. Este órgano, que se halla más allá de la conciencia de sí, pertenece al inconsciente. Si, pese a todo, este órgano tuviera simplemente la facultad latente de la reproducción, y no se retirara dentro de sí mismo, y conservase sin cambiar la impresión como producto, deberíamos, otra vez, dentro de éste órgano distinguir entre lo consciente y lo inconsciente. De esta manera, esta hipótesis no explicaría nada, quedando sencillamente la dificultad desfasada. No hay, por consiguiente, otra alternativa que afirmar que ese órgano no es en sí mismo totalmente inconsciente, sino sólo desde el punto de vista de la conciencia de sí; que no es meramente una facultad latente de reproducción sino que tiene en su conciencia la impresión, a medida que la misma desaparece de la conciencia externa. Mediante esta admisión de una conciencia trascendental, se explica la posibilidad de la memoria por la simple transposición del umbral psicofísico con el retroceso de la frontera entre el sentido y la conciencia trascendental. Si una impresión olvidada se hunde en una inconsciencia real, no está claro de qué forma en la memoria esta inconsciencia ha de volver a ser consciente. Lo olvidado, por consiguiente, no puede dejar de pertenecer a una conciencia, y como el olvido es la desaparición de la conciencia, debemos admitir la existencia de una segunda conciencia. Y así, decir que una impresión se ha olvidado significa que ha pasado por encima de la conciencia de sí a la trascendental.” (22)

Vibraciones hiperetéricas

La respuesta que saltaría a los labios del materialista es que la impresión no “va” a ninguna parte, así como el movimiento no “va” a ningún sitio cuando se para una rueda. Pero esta obvia respuesta excluye, en este caso, hechos importantes. El movimiento se cambia en otra forma de energía física, como el calor provocado por la fricción que la para, y la rueda no puede reproducir el movimiento; el nuevo impulso por el movimiento debe proceder de una fuerza viva sin el mismo. Bien, la impresión puede revivir, sin una acción exterior, por auto – acción, y la teoría materialista de la memoria implica su producción continua mediante incesantes vesículas vibratorias, aunque las vibraciones no sean lo bastante vigorosas como para llamar la atención.

Si admitimos la existencia del Ego, la memoria personal sería la fuerza del cerebro individual para recibir impresiones de aquella, para responder, digámoslo así, a las vibraciones más sutiles de, tal vez, la “materia – pensante” con que soñaba Clifford. Comparando las vibraciones de nuestras formas más toscas de materia con las vibraciones del éter, podemos pensar por analogía en una forma de materia tan sutil como la materia nerviosa de nuestro cerebro. En esto, realmente, puede residir la posibilidad de unas vibraciones como las que son necesarias para hacer concebibles nuestros procesos mentales. Por el momento, esto sólo es una hipótesis, pero es una hipótesis que puede iluminar este oscuro tema, por lo que puede ser aceptada provisionalmente hasta que nuevas investigaciones le den o no la razón. Así hallamos la justificación a todos los intentos de refinar e incrementar la sensibilidad de la materia nerviosa del cerebro, ya que aumentar su delicadeza significa aumentar la facultad de responder a las vibraciones hiperetéricas, o sea capacitar al Ego para imprimir cada vez más en nuestra conciencia personal sus propios contenidos. Mediante esta teoría, podemos entender las exaltadas facultades mentales del sonámbulo, la tensión del sistema nervioso que lo torna más sensible, o sea más dado a una respuesta real. Por esto podemos comprender el peligro de la ignorancia que aflora tras esta anormal condición, los elementos nerviosos agotados por la descarga súper - rápida y la excesiva tensión. Se dice que “los grandes genios suelen estar aliados con la locura”, lo cual es una gran verdad: la sensibilidad genial puede pasar a la hipersensibilidad que es la locura.

Y de este modo llegamos a la conclusión práctica: hay que caminar lentamente por esos dominios poco transitados, porque existe un peligro; pero hay que caminar, pues sin valor para enfrentarse a las tinieblas no puede vislumbrarse ninguna luz.

Citas bibliográficas correspondientes al primer capítulo:

- (1) : Maury, Le sommeil et les rêves, pag. 440, citado por Du Prel, Philosophy of Mysticism, vol. 2, pag. 13, trad. del alemán por C.C. Massey, Londres, 1889.
- (2) : Ibid, págs. 14 – 15.
- (3) : Diseases of the Brain and Mind.
- (4) : Op. cit., vol I, págs. 92 – 93.
- (5) : Zentralbatt für Anthropologie und Naturwissenschaft, 1863, pág. 774.
- (6) : Haddock, Somnolism and Psychism, Londres, 1851, pág. 213.
- (7) : Op. cit., pág. 320.
- (8) : Op. Cit., vol. 2, págs. 19, 21 – 22.
- (9) : Maudsley, Physiology and Pathology of the Soul.
- (10) : Radestocko, Schljaj und Traum.
- (11) : Reil, Rhapsodien.
- (12) : O pastora de vacas
- (13) : Op. Cit.
- (14) : Journal and Speculative Philosophy, vol. XVII. N° 2, citado por Sully: Outlines of Psychology.
- (15) : Outlines of Psychology.
- (16) : The Physical Basis of Mind.
- (17) : The Principles of Psychology, Londres 1831, vol. 1, pág. 258.
- (18) : Op. cit., vol. 2, págs. 108 – 109.
- (19) : Todo está presente en la ideación eterna Alaya, el alma universal y consciente, como se nos ha enseñado; y el Ego más elevado (Manas) es el primer nacido de Alaya o Mahat, llamado Manasaputra = Hijo de la Mente.
- (20) : Hemos excluido de esto las impresiones de carácter puramente físico, pues esto entra en la categoría de la percepción y la memoria animales. Tales impresiones llegan al Ego Humano, y es imposible dejar de observarlas, pero no pueden imprimirse indeleblemente en su conciencia, ni pueden, por tanto, seguir al Ego al Devachán.
- (21) : Método curativo basado en el magnetismo animal, desarrollado por Franz Antón Mesmer (1733 – 1815) (E).
- (22) : Op. Cit., vol. 2, págs. 111 – 13.